



EPOJÉ

Gustavo Adolfo Medina

EPOJÉ



Primera edición: julio 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Gustavo Adolfo Medina

ISBN: 978-84-19899-38-5

ISBN digital: 978-84-19899-39-2

Depósito legal: M-24153-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Iki, en una de tantas tardes de su infancia,
tirando piedras a un río tranquilo.
Y para Tur, que le enseñó cómo hacerlo.*

¿La ilusión? Eso cuesta caro. A mí me costó vivir más de lo debido.

JUAN RULFO

Las personas felices no tienen historia.

SIMONE DE BEAUVOIR

SEPTIEMBRE

Amor mío, no te quiero por vos ni por mí ni por los dos juntos, no te quiero porque la sangre me llame a quererte, te quiero porque no sos mía, porque estás del otro lado, ahí donde me invitás a saltar y no puedo dar el salto, porque en lo más profundo de la posesión no estás en mí, no te alcanzo, no paso de tu cuerpo, de tu risa, hay horas en que me atormenta que me ames (cómo te gusta usar el verbo amar, con qué cursilería lo vas dejando caer sobre los platos y las sábanas y los autobuses), me atormenta tu amor que no me sirve de puente porque un puente no se sostiene de un solo lado, jamás Wright ni Le Corbusier van a hacer un puente sostenido de un solo lado, y no me mires con esos ojos de pájaro, para vos la operación del amor es tan sencilla, te curarás antes que yo y eso que me querés como yo no te quiero.

JULIO CORTÁZAR

LUNES, DIEZ

Al abrir los ojos supe que dormía. Un lugar desconocido. Tonalidades, texturas y olores nuevos. Solo puede tratarse de un sueño. Uno de esos sueños raros, rarísimos, que Marga interpreta con minuciosidad científica. Agrupados en corro permanecemos sentados sobre un tatami verde oscuro en el centro mismo de una habitación espaciosa y diáfana, de paredes blancas y desnudas, decorada con un exquisito espíritu zen. Vestimos todos igual. Uno de esos horribles camisones de hospital, abiertos por la espalda para comodidad del personal sanitario y vergüenza del paciente. Estamos descalzos, en actitud contemplativa, con las piernas cruzadas y la espalda erguida. Habitamos un mundo sin ruido, de silencios largos, pero con matices y significado. Sin embargo, no es esa quietud callada lo que más me llama la atención, sino el espíritu de indiferencia generalizada que la adereza.

A medida que el tiempo avanza, si es que el tiempo puede ser considerado como tal en el mundo de los sueños, el silencio se deja sentir con más intensidad. Un desasosiego creciente se apodera de la atmósfera. El aire se enturbia. Cuesta trabajo respirar. Es entonces cuando aparece, cuando inesperadamente capta nuestra atención y nos subyuga con su hipnótica presencia. Ronda los doce años de edad y lleva puesto un traje de comunión blanco, a primera vista de seda, con efectos satinados, alforzas y jaretas. Tiene aspecto enfermizo, de tronco de espiga que se vence fácilmente al soplo de la más leve brisa. Dan ganas de levantarse y abrazarla sin más, sin importar de dónde viene ni cuál es la razón de su misteriosa e inesperada aparición.

Sin titubeos, y con una determinación impropia de su edad, se dirige hacia nosotros. Anda descalza. Cuanto más se acerca, más se evidencia su fragilidad. La proximidad facilita que nos recreemos en los detalles. Una larga, tupida y alborotada cabellera rubia cae sobre los hombros hasta morir cerca de su cintura. Las manos están cubiertas por unos guantes de ganchillo negros, raídos y sucios. La serenidad reinante desaparece. La niña ejerce una poderosa influencia telepática sobre nuestras mentes. Sus ojos, grandes, claros y de pupilas

dilatadas, son como un lago transparente y manso, irisado por la luminosidad mortecina de nuestras atemorizadas almas. Impresiona su profundidad helada, ese abismo de oscuridad eterna y sin fondo. Trato de desviar la mirada hacia otra parte, de huir de esa retina imantada que te encarcela en lo más inconfesable del miedo. Fracaso. Su presencia es más fuerte que mi obstinación por negarla. Te observa detenidamente. Desde delante y desde detrás. Desde un lado y desde otro. Desde arriba y desde abajo. Sus ojos todo lo abarcan, todo lo comprenden, nada se les escapa.

Su aparición es un punto y aparte en esta historia sin cronología. La habitación es diferente. Nuestros pensamientos son diferentes. Nosotros somos diferentes. Pienso en la gota de agua que pende de la púa más alta del pino. Tiembla, se balancea, pero no cae. Da la impresión de poder permanecer así indefinidamente. Nada más lejos de la realidad. Antes o después, cualquier perturbación capaz de forzar un leve movimiento de la rama determinará su destino. Entonces perderá su consistencia, se sumergirá en la tierra, navegará por corrientes subterráneas, alimentará manantiales, alcanzará el rumbo de los ríos, se someterá a su caudal enloquecido, se diluirá en la inmensidad del océano, simplemente desaparecerá.

La pequeña se sitúa en el centro geométrico del corro, manteniendo una perfecta equidistancia respecto a cada uno de nosotros. Es una declaración de principios. El mensaje está claro. No habrá favoritismos. Su función no es juzgar. Simplemente obedece y actúa. El resto es cosa del guionista. Tras observarnos calladamente, inicia una serie de giros sobre sí misma, con el brazo izquierdo extendido. El dedo índice de su mano izquierda nos señala fugaz, intermitentemente. Cada vez que pasa de largo respiramos con hondura, profundamente aliviados. La constante repetición del movimiento, sin que se adivine un final próximo, contribuye a diluir el miedo y a alejar mi mente de la habitación. Vienen a mi memoria las lluvias de principio de septiembre, presagio cierto del fin del verano. Arreciaban a media tarde, casi siempre sorpresivamente. Sobrevenían en cualquier parte, sin tiempo para hallar refugio. Teníamos que correr a guarecernos en los soportales más cercanos. Era prácticamente imposible no acabar siendo víctima de la tromba de frescura que se desprendía de un cielo terriblemente oscuro. Empapados, observábamos con emoción cómo aquellas aguas torrenciales caían sobre unas calles fantasmales. El espectáculo apenas duraba unos minutos. El tiempo suficiente para que nuestro mundo de luz y juegos se detuviese, quedase congelado como un fotograma, comenzara a hibernar.

Inesperadamente, la niña se detiene en seco. Su mirada, esa mirada que iluminaba como una linterna indagadora los rincones más recónditos de mi

espíritu, se apaga. Ya solo tiene un objetivo. Su dedo señala inequívocamente a alguien que no soy yo. El elegido es un hombre de mediana edad, calvo y de aspecto depresivo. Su rostro denota incredulidad. Muy a su pesar asume el protagonismo de la historia. Ahora soporta en exclusiva toda la fuerza de sus ojos, todo el peso de su presencia, todo el enigma de su determinación. Un frío glaciador se adueña de la habitación. Temblamos. El aire se ha enfriado. Las paredes se han enfriado. El tatami se ha enfriado. Intento averiguar quién es. Busco entre los vericuetos de la memoria algún rastro de su identidad, pero no alcanzo a atisbar nada concluyente. Dudo entre varias personas. Por su aspecto diría que es uno de mis maestros de primaria. Concretamente el de segundo año. ¡Cuánto cariño me tenía! Siempre pendiente de mí hasta más allá de lo rigurosamente exigible. Convenció a mis padres para que me dejaran jugar al fútbol a pesar del asma. No acabo de estar del todo seguro. Aquel hombre desprendía otra energía, y era mucho más joven.

El elegido se resiste a abandonar el corro. Su negativa no impacienta a la pequeña. Persevera e insiste, ofreciéndole su mano infantil con actitud hospitalaria. Finalmente cede. No tiene sentido oponerse. Todo lo que le queda de vida se resume en el trayecto que va de su miedo a la mano de ella. Rendido a su destino, resulta presa fácil. De un solo tirón es incorporado. La fuerza que exhibe la niña es incompatible con esa edad y ese aspecto enfermizo. Aun así, ocurre. Un último conato de rebeldía, inútil y frustrante, retrasa la partida. Por más que forcejea, se muestra incapaz de soltarse. Su piel es la piel de ella, sus músculos son los músculos de ella, sus huesos son los huesos de ella. No hay dos anatomías distintas, sino una sola, unidas por el vínculo indestructible del destino.

El elegido y la niña abandonan el círculo. Ya solo es cuestión de esperar a que desaparezcan y se pierdan en el corazón del misterio que hay más allá de las paredes de esta habitación. Entonces, y solo entonces, regresará la tranquilidad, y el pulso de los acontecimientos volverá a tener el rostro de la línea en sombra de un mar en calma al anochecer. Sin embargo, no parecen tener prisa por alejarse de nosotros. Me acuerdo de Aquiles, de la tortuga y la liebre, del movimiento y la imposibilidad teórica de su existencia. En este punto cabe atribuir el guion del sueño al mismísimo Zenón de Elea. Procuro no perder los nervios innecesariamente. Hay movimiento, luego hay tiempo. Y si hay tiempo, hay un final cuya concreción no puede ser otra que un adiós. Sin embargo, un giro inesperado de los acontecimientos pone en cuarentena mi profecía. La niña se da la vuelta y me mira indisimuladamente. ¡Otra vez ese lago transparente y helado, aterrador! Su rostro esboza una media sonrisa, que interpreto como una

invitación a aproximarme. Obedezco. La inquebrantable frialdad de sus ojos se resquebraja en infinitos y pequeños pedazos de dolor, deshilachándose en ríos de amargura. Lloro abundantemente y sin consuelo. Las lágrimas recorren sus mejillas como si se hubiese liberado un caudal de sufrimiento largamente atorado. Desde la profundidad de su noche se oye una llamada desesperada, un lamento oculto.

—Nadie quiere venir conmigo.

Sus palabras caen sobre mi conciencia a plomo. Reacciono. La indiferencia ante el dolor ajeno no está entre mis defectos. Quiero abrazar a la niña, contribuir a que se sienta querida, lograr que deje de experimentar ese sufrimiento insoportable. Me abalanzo con determinación sobre su cuerpo menudo. Nada más sentirla entre mis brazos me abandono al frío. Duele tenerla tan cerca, estar tan próximo al abismo de soledad que la cerca. Aun así, me siento recompensado. Hay una dulzura inexplicable en el corazón del hielo, en la ausencia de vida del agua momificada. Mi atrevimiento la sorprende. Estoy entrometiéndome en un orden que a ninguno de los dos nos es dado establecer. Todavía no es mi hora. Debo regresar a mi sitio y continuar esperando. La comunicación no verbal es intensa. Sus pensamientos circulan por mi cerebro con fluidez. Siento el espanto, un universo interminable de espantos, el terror que genera ese abrazo y ese sosiego que sigue a la rendición final, a la última de las miradas. También percibo su soledad, el desapego de las almas condenadas a un adiós definitivo, esa eternidad sin fondo ni forma, hecha a jirones de nombres propios, que serán olvidados tras su paso. Definitivamente he conectado con su destino. Ese retazo de noche que oscurece el día más resplandeciente, tan ajeno a su aspecto infantil, a esas manos menudas, como de porcelana.

Agradecida, me aparta con un gesto. Es entonces cuando se lo digo. Seguro, comprometiéndome con sinceridad.

—Yo sí.

*

A la hora programada la radio se enciende, enfatizando a volumen creciente un debate sobre la situación económica del país. A duras penas acierto a dar con el pulsador. Finalmente consigo acallar el coro de voces familiares, que cada mañana me rescatan oportunamente del mundo de los sueños. No me volveré a dormir. Los estentóreos ronquidos de Alice no me lo permiten. Alice inspira y expira con la fuerza de las cataratas de Iguazú.

Recupero el sentido de la realidad, me siento al borde de la cama y empleo unos minutos en observarla con detenimiento. Generalmente duerme boca

arriba, con su rizada y vaporosa cabellera pelirroja extendida sobre la almohada. Da la impresión de estar muerta. Tan seria, tan rígida, con ese toque de falsa dulzura, tan ajeno a ella, tan poco consustancial con cómo es, con cómo habitualmente se comporta. Pero no lo está. Su pecho va y viene, el edredón va y viene, nuestro mundo va y viene al ritmo de su respiración.

Son instantes de reconexión con la vida. La primera luz del día se filtra por la ventana, desnudando sin tapujos unos rasgos afeados por la edad. Analizo sus facciones con detenimiento. No es consciente de hasta qué punto ha envejecido. La presbicia ayuda a pasar de puntillas por detalles que dinamitarían su ego. Vive engañada, sin querer ser consciente del desastre que se avecina; únicamente obsesionada con hacer desaparecer esa pelusilla colorada que se esparce por debajo de su nariz y muere en la frontera del labio superior de su boca. Alice bufa, y al compás de sus bufidos, la pelusilla se mueve, acercándose y alejándose de sus fosas nasales a un ritmo que incrementa su virulencia con la profundidad del sueño. Para acabar con ella ha probado de todo. Desde lo más rupestre a lo más moderno. Pero la naturaleza se impone a sus intentos de devastación, obstinadamente. Y ahí sigue ese magnífico proyecto de bigote, distrayéndome el despertar y alegrándome las mañanas.

No llego a entender por qué le incomoda tanto ese simpático vello. Sin su concurso su rostro es vulgar y aburrido. El bigote la dignifica y hace de ella alguien especial. De haber nacido en otra época habría llegado a ser una de esas mujeres barbudas, exhibidas en los barracones más sórdidos de las ferias. Una circunstancia así nos habría permitido viajar de pueblo en pueblo, sacando partido a una desaliñada barba pelirroja, más propia de un rudo bucanero que de una estirada cuarentona. Yo me habría arrogado el papel de *speaker*. Me imagino junto a la puerta de una enorme jaula de barrotes oxidados. Alice, sentada en su interior. Enfadada, iracunda y desafiante, como es ella. Yo fuera, de maestro de ceremonias, rodeado de un enjambre de individuos borrachos. Gritando e intentando poner un poco de orden entre la barbarie.

—¡Señoras y señores! Ante ustedes, Alice, la increíble mujer barbuda. El único ser sobre la faz de este planeta capaz de acabar con la paciencia del más pacífico de los vecindarios con sus ronquidos. ¡Pasen y vean!

Me canso de fantasear con la historia de la mujer barbuda y abandono sin más retórica la cama. Da comienzo el segundo acto. Más delicado y peligroso. He de salir de la habitación haciendo el menor ruido posible. Esperanza tiene un oído finísimo y está especialmente alerta los días que madrugo. Cualquier ocasión es buena para echarme mierda encima.

—Ay, hija. Ya no sé cómo decírselo. Todas las mañanas la misma historia.

Tan difícil es no armar alboroto. No pude volver a dormirme. Y ahora me siento tan cansada, tan sin ganas de nada. No piensa en mí. Me trata como a un trasto viejo. Soy un estorbo. ¡Lo que daría por verme encerrada! En una residencia o en una caja de madera. ¡Qué más le da! ¿Por qué tuviste que casarte con este?

Este, como despectivamente me llama, hace ruido al levantarse. ¡Para qué negarlo! Pero más leve que el aleteo de una mariposa en una tarde primaveral. Ya me cuido de que así sea. Y eso sin tener en cuenta lo sorda que está. Es materialmente imposible que me oiga. Esperanza tiene la misma capacidad auditiva que Beethoven en sus años más oscuros. Sus fabulaciones malintencionadas solo persiguen mi descrédito.

Alcanzo el baño sin que proteste. Esta noche el felino no está al tanto de los movimientos de la presa. Debe estar profundamente dormida. Llevo la ropa de vestir entre las manos, procurando que no se haga un gurrño. Está preparada desde ayer, cuidadosamente colgada del galán y dispuesta para ser transportada con sigilo. Son muchos años de entrenamiento. ¡Como para no aprender! Ha sido difícil, pero al final he conseguido convertirme en un consumado profesional del arte de moverme sin ser detectado.

Una vez fuera de peligro, si es que se puede llegar a estar completamente a salvo estando Esperanza de por medio, abro el grifo de la ducha, me coloco debajo de la alcachofa y me entrego a las sensaciones que transmite el agua al precipitarse cuerpo abajo. Doy varias vueltas sobre mí mismo. El agua caliente masajea mi espalda mientras me enjabono sin prisa. Es inevitable pensar en lo que se me viene encima. Mi primer día de clase, con todo lo que implica. Saludar y sonreír a gente a la que pagaría por no volver a ver. Y una rutina anodina y repetitiva que ya viví el año pasado y el anterior, y el anterior al anterior. Es como si no hubiese existido otro yo más que este, como si me hubiesen abandonado a las puertas de la facultad en un canasto de mimbre, como si hubiese sido el claustro de profesores quien me hubiese criado, como si me hubiese amamantado amorosamente el decano en sus ratos libres. En definitiva, más de lo mismo. Otra vez a pontificar con idénticas palabras, a sobrellevar con paciencia las mismas preguntas, las mismas niñerías, a pasar por las mismas estrecheces, las mismas miserias personales e intelectuales. Tan propias y tan indisolublemente unidas a la vida universitaria. Pero todo sea dicho, y a pesar de lo que tiene de carga y de repetición; aunque odioso, un escenario así es ciertamente más deseable que cualquier alteración insospechada del guion previsto.

La perspectiva de tener que enfrentarme de nuevo al aula me consume. Acentúa mi espíritu taciturno y mi querencia natural a recluirme en el rincón

más inaccesible de mi mente. Si antes era una sombra, ahora ni tan siquiera eso. Y así hasta que, bien avanzado el curso, recupero un tanto el tono vital y vuelvo a ser algo parecido a una persona. Pero mientras llega ese momento, la ducha que precede al primer día de clase es como la última comida del reo poco antes de ser ajusticiado. Procuero que la presión del agua incida especialmente en las áreas donde se acumula la tensión nerviosa. Sufro un agarrotamiento físico y mental espantoso. La amargura se escurre por el interior de mi cuerpo como una sustancia gelatinosa que se acumula en la boca del estómago sin encontrar salida. No es el simple hecho de regresar al trabajo lo que me vence. De ser así, la sensación de pánico se manifestaría antes, en esos días previos al inicio de las clases en los que acudo a la universidad para poner en orden asuntos burocráticos. Mi problema es la exposición al juicio de los demás. Entre bambalinas me muevo como pez en el agua. Pero cuando hay que saltar a la palestra, las sensaciones son otras. Cada ser humano que irrumpe en mi vida es una potencial fuente de peligros. Bien me lo dice la experiencia. No se puede bajar la guardia ni un instante. Las novedades me aterran. Necesito un periodo de adaptación para sentirme seguro y tener la certeza absoluta de que todo está bajo control. Además, no me fío del guionista, que tiene la fea costumbre de salpimentarme los días con cuestionables ocurrencias.

Tal vez debería buscar otro empleo. Pero, a dónde voy a estas alturas de la vida y, lo que es más preocupante, quién va a estar interesado en contratarme. No estoy para saltos sin red. Con los años me he ido adaptando. A la fuerza ahorcan. Llevo mejor el exhibicionismo que conlleva la exposición pública de mi trabajo. Digamos que empiezo a estar un poco de vuelta. Sigo detestando volver al aula, pero ya no me lo tomo como si fuese el día del juicio final. Cada cosa en su sitio. Toca remar, pues se rema. Igual este año doy con un tropel de alumnos educados y atentos. El optimismo es un árbol en el que pocas veces busco sombra. Tantas vacaciones agotan. Un poco de disciplina no me vendrá mal. Estos dos últimos meses se me han hecho eternos, y ya empieza a resultar difícil encontrar excusas para justificar mis continuas y repetidas ausencias. El trabajo es una coartada irrefutable. Aunque puede que me esté pasando de precavido. Nadie me pide explicaciones. Hace ya años que mis continuas idas y venidas no suponen un problema. Alice tiene las mismas ganas de verme que yo a ella. Caso distinto es Esperanza. Necesita a alguien a quien pisotear, con quien desahogarse. Soy imprescindible y detestable a la vez. Cuando estoy a tiro arremete contra mí con cualquier excusa. Me conoce bien. Sabe que no hay nada que odie más que los conflictos. Por eso me busca y, cuando me encuentra, celebra triunfante mi falta de pericia en el conflicto. De esos enfrentamien-

tos nunca se deriva nada bueno. Siempre salgo perdiendo. Por eso lo mejor es evitarlos, ponerme de perfil y dejar que el río fluya y muera al llegar al mar, sin obstáculos.

Salgo del cuarto de baño a toda prisa. Cuanto menos tiempo se está fuera de la trinchera, más posibilidades de no ser alcanzado por una bala. He dejado el maletín estratégicamente colocado cerca de la pared del vestíbulo. Abro la puerta de la calle con cuidado y bajo los escalones de dos en dos. Nada más salir del portal, me doy de bruces con el aire frío de primeras horas del día. Tras apurar con rapidez un café en un bar que hace esquina con mi calle, y andar poco más de cinco minutos, llego a una boca de metro. Sumergido en las entrañas del subsuelo, recorro unas cuantas estaciones antes de regresar a la luz. Aún me queda un trecho por andar hasta la parada del autobús. Un numeroso grupo de personas espera impaciente, soportando con estoicismo temperaturas más bien invernales, bajo la marquesina. Transcurren diez minutos y el autobús no llega. Empezamos a impacientarnos. Protegerse del frío es misión imposible. Y más ahora que uno sale con el optimismo a cuestas, con la convicción de continuar instalado en el corazón del verano. El otoño aterriza sibilinamente y sin avisar, especialmente de mañana.

No hay año que el frío no me sorprenda de sopetón en los primeros días de curso. Es tan variable el tiempo entre una hora y otra que acertar con la vestimenta adecuada no es tarea fácil. Abrigarme poco significa catarro asegurado, y hacerlo demasiado también. Y eso es equivalente a varios días enclaustrado en casa conviviendo con Esperanza, soportando a Esperanza, siendo vapuleado por Esperanza. No me lo puedo permitir. Mi preocupación por no enfermarse enquistada en la neurosis. Alice se lo toma a broma. Considera mi obsesión absurda y digna hija de mi total ausencia de sentido práctico. Cuando sale el tema me mira como si fuera imbécil y repite consejos que, por cierto, un año sí y otro también, caen en saco roto. Ni yo mismo sé por qué.

—Eres un desastre. Basta con llevar ropa de quita y pon —afirma sin levantar la vista del libro que lee compulsivamente desde hace días.

El autobús se detiene asfixiado, anunciando su llegada con un pavoroso chirrido. Subo con lentitud y saludo educadamente al conductor. No me contesta. Está ido, con la vista puesta en un punto fijo, imposible de determinar. Es víctima de ese hastío aletargador que generan las tareas repetidas durante años. No hay forma de encontrar un sitio libre. Viene abarrotado. Una vez en marcha, mi única preocupación es no perder el equilibrio. Esta mañana el conductor demuestra poca pericia, convirtiendo el viaje en una sucesión de acelerones y frenazos bruscos que desplazan con violencia a cuantos vamos de pie.

El trayecto desde mi casa hasta la universidad es largo. Conviene llevarse algo con lo que entretenerse. Si no, puede ser mortal. Entre ida y vuelta, y contando desde que salgo por la puerta, no baja de hora y media. Si hay lluvia o algún accidente, el tiempo se multiplica por dos. Los madrileños no sabemos conducir con agua. Tiempo suficiente para tomar contacto con la realidad, a ratos leer, e incluso hacer un repaso mental de tareas y preocupaciones. Los primeros días, no. En estos bastante tengo con recuperar el sentido del equilibrio en movimiento y evitar situaciones comprometidas. La tranquilidad y el disfrute llegan después, una vez me habitúo a los códigos secretos de los viajeros. Sobrevivir en hora punta en un autobús interurbano exige entrenamiento, y no poca experiencia. Dos meses de ausencia son un auténtico lastre. Afortunadamente, como decía el maestro Sócrates, todo conocimiento es recordar. Me aplico el cuento y me centro en el aquí y el ahora, tratando de no ser víctima de ninguna avalancha inesperada. Rememorando, se recupera antes lo aprendido. Por ello, a pesar de las dificultades primeras, y de la torpeza exhibida, persevero. No soy de los que se rinden pronto. Cuanto antes te adaptas, con más rapidez recuperas los galones de pasajero habitual.

Adquirir ese rango es fundamental. Cualquiera que viaje regularmente en una línea como esta lo sabe. Te da libertad y mando en plaza. Te permite estar a otras cosas. Y eso es de vital importancia. Al fin y al cabo, este autobús y este recorrido van a formar una parte significativa de mi tiempo durante los próximos diez meses. Un sencillo cálculo matemático muestra, muy a las claras, de lo que hablo. Seré ilustrativo. De media, unos veinticinco minutos de ida y otros veinticinco de vuelta hacen un total de cincuenta minutos diarios. Y cincuenta minutos, cinco días a la semana, durante aproximadamente treinta y seis semanas suman un total de nueve mil minutos, es decir, unas ciento cincuenta horas. Ese es mucho más tiempo del que mis alumnos dedican a estudiar mi asignatura durante todo un curso, más del que un porcentaje mayoritario de la población emplea en leer a lo largo de toda su vida, casi lo que puede llegar a durar una guerra moderna. Visto desde esta perspectiva, ¿debo o no darle la importancia que tiene? Tajantemente sí. Reflexionar, leer, observar. A veces simplemente sestear, abandonarme. ¡Da para tanto el rato que transcurre en este ir y venir diario a mi puesto de trabajo! Por no mencionar las personas que llegas a conocer. Algunas únicas, irrepetibles. Porque fue precisamente en esta misma línea, realizando este mismo trayecto y dirigiéndome a este mismo destino, donde conocí a Florencio, probablemente la persona que más ha condicionado mi concepción del mundo y mi actitud. El faro que me alumbró cuando más arreciaba la tormenta.

Aún mantengo vívido en la memoria nuestro primer encuentro. Emergió como de la nada. Llevaba sombrero de ala, una ropa fuera de lugar, extemporánea, torpemente elegida. Tenía un aire desidioso, retrospectivo, pero nada llamaba tanto la atención como su desagradable y protuberante papada, probablemente el rasgo físico que más le ayuda a guardar una prudencial equidistancia con el resto de los hombres. ¡Esa maldita y asquerosa papada! Tan difícil de obviar, tan obscenamente reveladora del paso de los años, tan ineludible señal del principio del ocaso de la vida. Como contrapunto, y frente a él, estaba yo, con ese toque medio pijo medio de vanguardia, tan característico de mí, tan propio de hombres sin criterio que se dejan llevar por los demás en asuntos de moda. Para cualquier observador imparcial, a simple vista, dos seres humanos completamente distintos, sin nada en común e imposibles de encajar. Sin embargo, ¡quién lo iba a decir!, estábamos llamados a complementarnos, a escribir juntos nuestra propia historia. En su compañía el trayecto en autobús daba para mucho. Él aprovechaba para practicar conmigo lo que después ponía en común con sus alumnos, al menos hasta que dejé de interesarme por todo lo que no tuviese que ver con el escepticismo. A mí no me importaba que experimentase. Hacer de conejillo de Indias de aquel profesor de Filosofía de enseñanzas medias, de aspecto machadiano, desaliñado y tímido, era un privilegio, una oportunidad para crecer como persona, alcanzar nuevas perspectivas, interesarme por cuestiones realmente instructivas y apertrecharme con un arsenal de herramientas cognitivas que me habían de venir muy bien para hacer frente a los desafíos de mi devastadora y mal llevada existencia.

No recuerdo bien cómo ni por qué empezamos a hablar. Tampoco creo que importe demasiado. Pero sí sé que lo que en un principio solo eran educadas e interesantes conversaciones entre compañeros de viaje acabaron transformándose en la semilla de una especialísima y rica amistad forjada sobre la curiosidad, las ganas de pensar en común y el amor por la filosofía. Disfrutábamos intercambiando opiniones, escuchándonos. Bueno, ¡para qué engañarme! Más bien él disertaba y yo atendía embobado. El viaje en autobús no tardó en quedarse corto. No daba para casi nada. Hubo que buscar otros momentos y otros lugares para afianzar nuestra amistad, para forjarla si cabe con más firmeza. Quedábamos en cafeterías, en parques, en lugares tranquilos y poco frecuentados. No siempre para tomar café. A veces simplemente para dar un paseo. En esos otros entornos más reposados, y con más tiempo, descubrí a un Florencio menos tímido, más a pie de dialéctica. Un empedernido fumador de pipa, soltero recalcitrante y enemigo de cualquier dogmatismo, de unos sesenta años de edad, que constituye, sin ningún lugar a dudas, el más contundente y contumaz

ejemplo de hombre sabio que he conocido. Un sabio al que, por cierto, le debo mucho, muchísimo. Entre otras cosas, el conocimiento de las enseñanzas que me han permitido alcanzar el estado de casi ataraxia, el personalísimo nirvana mental que me mantiene a flote y evita que perezca bajo el peso de los acontecimientos. Un verdadero refugio y un privilegiado escudo frente a las ocurrencias del guionista.

—Ernesto, creo que te resultará mucho más fácil de entender con un ejemplo. Imagínate uno de esos pequeños ratoncillos de campo que, después de mucho deambular en busca de alimento, acaba introduciéndose en un pequeño silo en donde un granjero ha depositado unas semillas. El hambre lo empuja a aventurarse sin tomar excesivas precauciones. ¡Cuántas veces ocurre esto en la vida! Pero, una vez dentro, descubre horrorizado que, además de las semillas, en ese minúsculo habitáculo hay también un enorme y amenazante gato. Cuando el ratón se percata de esta circunstancia ya es tarde. El gato está quieto como una esfinge a la espalda del ratón, impidiendo que huya por el mismo sitio que le ha servido para entrar. No hay otro lugar por donde escabullirse. El desenlace parece obvio. No hace falta ser adivino. El gato lo sabe, y el ratón, para su desgracia, también. Y es esa obviedad la que empuja al ratón a dejarse llevar por su inconsciente y adoptar la actitud más inteligente. Es algo que conoce instintivamente y para lo que se encuentra programado por la naturaleza. Una expresión de gran sabiduría, El ratón se desmaya, pierde la conciencia. Borra todo vestigio de realidad.

Florencio se acaricia la papada, toma aire, bebe un poco de agua y continúa hablando con su parsimonia característica. Le gusta recrearse en los detalles, ser un poco cuentacuentos, adornar sus ideas con fábulas de contenido pedagógico, muy propias de quien lleva ejerciendo la enseñanza toda una vida.

—El ratón huye de sí mismo. Y para librarse del propio yo no hay nada más adecuado que apagar las luces del ser, anestesiar la conciencia. Acaba siendo devorado por el gato. Eso es inevitable. Pero solo en un plano objetivo. En el plano subjetivo, digamos que han puesto los créditos de la película antes de que el asesino acabe con su víctima. Lo único seguro es que no hay sufrimiento porque sin conciencia no hay ratón y tampoco gato. La alternativa es dolorosa y no evita un terrible final. El ratón puede echar a correr, defenderse, confiar ciegamente en una esperanza tramposa, inexistente, pero así solo conseguirá alargar su agonía. En cambio, dejando de ser, desapareciendo, nada sufre porque simplemente nada hay. Deberíamos tomar nota de esto, Ernesto. Es un buen consejo para ratones, y no menos útil, para seres humanos. Cuando se enfrentan situaciones difíciles, insuperables, el desmayo emocional, la negación

del yo es la salida más inteligente, la única posible si lo que se desea es no sufrir.

El autobús circula por una zona próxima al instituto donde trabajaba Florencio. Me puede la nostalgia, y me derrumbo. Emocionalmente soy un guiñapo. Es un caserón antiguo y descuidado, con aspecto de seminario abandonado. Le veo pasear despacio por el patio, ensimismado y peripatético, reflexionando en silencio sobre ratones y gatos. Es una imagen fugaz, retrospectiva. Echo de menos a mi gran maestro. Aun no entiendo por qué se fue sin más, sin decir nada.

Nos detenemos en un semáforo. El conductor arranca y acelera con determinación, como si de repente le corriese prisa llegar a la siguiente parada. Me desequilibro y caigo bruscamente sobre una cincuentona. Me mira sorprendida, primero en actitud desconfiada, después con cierto desprecio. A mi educado perdone usted contrapone una mirada acusadora. No bajo los ojos ni me escondo. Quiero dejar bien claro que no es, ni de lejos, lo que se está imaginando. A pesar de mi actitud desafiante, no cede y persiste en su injusta acusación. Me observa de reojo y no me pierde de vista. La visualizo llegando a su casa fuera de sí, abordando a su pareja con agresividad y transfiriéndole la responsabilidad de un hecho que solo está en su mente, en el interior de una cabeza enferma.

—Estoy harta, más que harta. Siempre de aquí para allá, y siempre sola. ¿Dónde estás cuando te necesito? Apoltronado en el sofá, sin hacer nada. Eres un parásito. No sé por qué sigo casada contigo. Debería divorciarme, debería mandarte a la puta mierda. Si no fuera por los niños... ¡Ya casi están en edad de volar! Entonces te vas a enterar. Cualquiera día de estos te levantas y ya no estoy. ¿Quién se va a hacer cargo de ti? Inútil, más que inútil. Hoy mismo, en el autobús, he sido víctima de un maniaco. A mi edad y cargada de bolsas como una burra. ¡Ni pierden ocasión ni respetan a nadie! Si me descuido me hace un chequeo completo. El mundo está lleno de gentuza. Joder, escúchame, coño.

—¿Has traído cerveza?

Finalmente llego a mi destino. Abandono el autobús, y la cincuentona respira aliviada. Cada uno es dueño de escribir el guion de su propia vida como le convenga. No soy quién para juzgarla. Allá ella y sus paranoias. Las necesita para sobrevivir, para continuar sintiendo que existe.

El edificio principal de la facultad me saluda orgulloso, presentándome sus respetos. Lo miro de arriba abajo. Inquieto, sobrepasado. Profesores y alumnos pasean dócil y ordenadamente por los jardines en dirección a la puerta principal. Nadie da la impresión de haberse ido de vacaciones. Son como actores de reparto cumpliendo escrupulosamente con su papel. Siento que pertenecemos al elenco de un grupo de personajes de vodevil cuyos nombres a nadie impor-

tan. Permanezco quieto, callado, sobrepasado por la idea de tener que interactuar con un entorno hostil, en espera de un impulso racional que me ayude a dar el primer paso.

—Un minuto son sesenta segundos, seiscientas décimas de segundo, seis mil centésimas de segundo, sesenta mil milésimas de segundo. Ernesto, cada fracción de tiempo, por infinitesimal que sea, comprende innumerables fracciones más pequeñas, a su vez divisibles en otras tantas. Esa es la razón por la que cualquier unidad de tiempo, independientemente de su tamaño, es siempre una eternidad.

Entro en la facultad como una comadreja. Arrastrándome, sin hacer ruido. Acelero el paso y me dirijo al Departamento de Teoría y Análisis Económico. Allí es donde se encuentra el despacho que comparto con Carlos Cuadrado desde hace años. Durante todo el recorrido mantengo la cabeza baja. Así no corro peligro de tener que saludar a nadie. Deambulo entre estudiantes y profesores como si fuese una especie de Bartleby, un inadaptable social que trata de camuflarse y pasar desapercibido porque le inquieta y atemoriza el contacto con otros seres humanos. Mi estrategia funciona. En parte porque la ejecuto a la perfección, y en parte porque tampoco son tantas las personas de la facultad con las que tengo la suficiente confianza para cruzarnos un saludo. Alcanzo mi destino aliviado. Repito en voz baja, pero de forma audible, obsesivamente, como si fuese un mantra, mi frase favorita.

—Un minuto son sesenta segundos, seiscientas décimas de segundo, seis mil centésimas de segundo, sesenta mil milésimas de segundo...

Tan solo cinco escalones me separan de la entrada del departamento. Los supero con alivio. Estoy a salvo. Todos los despachos continúan cerrados. Se respira silencio y tranquilidad. Únicamente se escuchan tenuemente los dedos de Marga al entrar en contacto con el teclado del ordenador. Ese sonido me relaja, ayuda a que mi respiración encuentre la pausa que ahora mismo le falta, y se suceda con más lentitud.

—Y cada unidad de tiempo es siempre una eternidad.

Mi nudillo golpea con suavidad, y en repetidas ocasiones, la madera hueca de la puerta del despacho de Marga. Está abierta, pero por cortesía me parece oportuno advertir de mi presencia. No me gustan las sorpresas. Ni darlas ni recibirlas. Marga se da la vuelta, me observa atónita, como si no supiera de sobra que hoy nos íbamos a ver. Tras una rara parálisis inicial se levanta y, sin dudarlo, me planta dos sonoros besos en las mejillas.

—¡Qué bien, Ernesto! ¡Ya de vuelta! Espero que hayas disfrutado de las vacaciones —dice apabullándose con sinceras muestras de cariño.

—Ya ves, menuda sorpresa —replico con sarcasmo—. ¿Dónde te has metido todos estos días? No es la primera vez que vengo. Ya sabes, papeleo. Al no verte me preocupé. Y más cuando me dijeron que estabas de baja. ¿Todo bien?

—Este Carlos... ¡Qué bocazas es! Ya te contaré. Nada importante. Te lo resumiré en tres palabras. Cosas de mujeres.

—¿No iremos a ser papás? —añado juguetón, con una sonrisa cómplice y traviesa.

—Vamos, ni de coña. Con dos mastuerzos tengo más que suficiente.

Reímos sinceramente, tanto por la ocurrencia como por la alegría del reencuentro.

—¿Este año también me vas a reservar los almuerzos de los miércoles? Para mí es una cita imprescindible —añado con la evidente intención de cambiar de tema.

—Faltaría más. Cuenta conmigo —responde mientras me guiña un ojo con insistencia, como si se le hubiese metido algo dentro.

—Perfecto. Por cierto —añado aparentando cierto desdén, como si realmente no me preocupase, cuando ciertamente no es así—, esta noche he tenido un sueño de lo más curioso. Me lo tienes que interpretar. Estaba en una habitación de estilo oriental, acompañado de un grupo de personas. Ya te contaré más despacio.

—Cuando quieras.

Nos despedimos afectuosamente. Tras recoger la cartera del suelo, me encamino hacia mi cubículo. No hay nadie. Carlos es poco amigo de madrugar. Siempre llega con la hora pegada. Me siento y enciendo el ordenador. Ya tengo a mi disposición el material necesario para ponerme en marcha. Horarios, listados de alumnos, asignación de aulas. Un vademécum con todo lo imprescindible para manejar me en estos primeros días de clase. Un año más seré profesor de Economía Teórica para alumnos de primer y segundo año. Otra vez la misma nadería. Materias insustanciales, programaciones insustanciales, temarios insustanciales. Un auténtico engañabobos para jóvenes trepas en busca de altos sueldos y fortuna en una sociedad materialista, injusta y de valores invertidos, que diría Nietzsche.

Como aún queda más de media hora para que dé comienzo mi primera clase, aprovecho el sosiego que se respira para ponerme unos auriculares y dejarme llevar por una selección de buena música mientras seesteo. Conecto Spotify. Me apetece algo suave, nostálgico, retrospectivo. Me decanto por *Like a Bridge Over Trouble Water*. Un clásico. Reclino la silla, echo la cabeza hacia atrás e intento que la melodía me acune el alma. No resulta difícil. Desde los prime-

ros acordes mis sentidos se debilitan, se pierden entre las notas, se apagan hasta desaparecer.

*

—La música nos delata. Intentas parecer más joven de lo que eres, pero la música te delata.

Libertad ríe, juguetea con el plumero, busca la provocación, el desafío. Aprovecha un despiste de Esperanza, un minuto de tregua en su difícilmente soportable tarea cotidiana, para incordiarne con sus pullas y arrancarme una sonrisa. Siempre lo consigue. Silba inocentemente y se hace la despistada, como si sus comentarios nada tuvieran que ver conmigo. Desde lejos me llega, debilitada e insistente, una versión del *Mrs. Robinson* de Simon & Garfunkel con cierto aire de bachata.

*

El bip bip del móvil pone punto y final a la ensoñación. Mi travesía por un océano de acordes de los años setenta finaliza. Llegó la hora de dar la cara. Mi primera clase del curso. Presentación de la asignatura de Teoría Económica a los alumnos de primero. A las nueve de la mañana en la segunda planta, Aula tres B. Son cincuenta y seis estudiantes en total, con edades comprendidas entre los dieciocho y los veinte años, a excepción de una mujer que debe rondar los cuarenta. Me pregunto qué se le habrá perdido por aquí. Será un ruido blanco estadístico, alguna excéntrica desorientada que busca huir del tedio y sentirse joven. Normalmente la gente con su perfil sociológico estudia a distancia o se matricula en el turno de tarde. Se va a sentir desplazada, completamente fuera de lugar. No es mi problema. No sé de dónde me viene esta estúpida manía de perder tiempo y energía intentado resolver cuestiones sobre las que no tengo suficiente información, y que además me importan un carajo.

Abandono cualquier pensamiento que se aleje de la tarea que tengo por delante y enfilo el camino del aula con aire marcial. La algarabía de los alumnos llega desde lejos con intensidad creciente. Me digo: «No sé por qué cojones te pones tan tenso si ya has pasado por esto una y mil veces. Todo va a ir bien». Soy muy de entonar mantras, de parapetarme frente a las sorpresas con rituales estúpidos que ayudan a mantener la calma. La cuestión es creérselo. Así funcionan. Todo va a ir bien, todo va a ir bien. Repito y canturreo constantemente.

—¡Buenos días! —anuncio casi desde la puerta con voz grave.

Entro sin titubear, procurando no cruzar la mirada con ninguno de los miembros de mi expectante auditorio. Deposito la cartera sobre la gran mesa de conglomerado que preside la clase.

—Soy vuestro profesor de Introducción a la Economía. Mi nombre es Ernesto Buendía.

Levanto la cabeza y allí están. Atentos, callados. Un ejército de jóvenes asustados y curiosos. Podrían ser los mismos del año pasado, incluso los de cualquier promoción anterior, y no notaría la diferencia. Cambian los rostros, los nombres, pero la esencia permanece.

—La materia que vamos a abordar no va más allá de lo que debe ser un curso introductorio. Mi misión es tratar de ayudarles a asentar los cimientos del conocimiento económico. Pero después tendrán que ser ustedes quienes edifiquen el resto de la casa.

Escruto a los asistentes con una mirada que aspira a ser intimidante. Cada vez que mis ojos se cruzan con los suyos los fuerzo a bajar la cabeza. Me siento poderoso. Excepción hecha de la estudiante que sobrepasa los cuarenta. Me desafía desde su asiento, en absoluto se siente intimidada.

Les pido que se presenten, que expliquen las razones que los han llevado a optar por elegir el grado de Economía, que tengan el valor de desnudarse ante sus compañeros. En respuesta a mi requerimiento salmodian los mismos argumentos que año tras año llevo oyendo expandirse, como un eco maldito, entre estas mismas paredes. ¡Un auténtico *déjà vu!* Finaliza la cuarentona con convicción, sin complejos.

—Mi nombre es Eva, y por edad podría ser la madre de cualquiera de vosotros.

Se escuchan murmullos, risitas contenidas, ajetreo juvenil. Los más audaces se atreven a soltar algún comentario molesto e inoportuno. Decido hacer oídos sordos, y no dar importancia a lo que carece de ella. No es mi guerra.

—Mi razón para matricularme en este grado es sencilla. Simplemente quiero aprender. Finalicé los estudios de Magisterio hace ya bastante. Nunca ejercí, o casi. Fue tan poco tiempo que no merece la pena ni ser considerado. Pero eso no me ha impedido continuar siendo curiosa e interesarme por otros temas, como la economía.

Eva hace un alto. Respira hondo. Toma el pulso a la clase. Detecta un apaciguamiento creciente en el ambiente, una aminoración del bullicio inicial con la que fue recibida su presentación. Eso le da fuerzas para continuar. Siente que se está ganando el respeto. Tal vez se equivoque, puede que solo esté perdiendo el halo de novedad que tenía. En el mundo de hoy las noticias, apenas alcanzan su máximo esplendor, empiezan a apagarse. Hay tanta precisión en esta ley como en las de la termodinámica.

—Soy una persona curiosa y activa. Me gusta participar, avanzar y crecer.

Una ciudadanía responsable exige contar con unos conocimientos básicos de económica. Son útiles en casi todos los órdenes de la vida. Creedme, que bien lo sé por experiencia. Mi marido tiene un negocio, y tal vez así pueda echarle una mano en su gestión, con visión y perspectiva. Razón suficiente para estar aquí. No quiero participar de cursos de segundo nivel para reenganchados. Si me exijo, que sea al máximo. Para hacer las cosas a medias prefiero no hacerlas.

Un estremecimiento inesperado se apodera de mi mente, trasportándome a otro tiempo, lejano y desgraciadamente no olvidado del todo. La causa es Eva. Habla como Mireia, sonrío como Mireia. Un recuerdo doloroso se enreda en mi estómago. Me esfuerzo por romper el sortilegio. Al finalizar sus palabras la tempestad pierde fuerza hasta desaparecer. Aun así, acabo exhausto, agotado. Doy por terminada la clase. La misma representación se repite dos veces más durante la mañana. Pero ya sin nostalgias ni contratiempos.

Todo llega. Mis primeras clases son ya agua pasada. Es hora de finiquitar la mañana. El trayecto de vuelta a casa es diferente. Mi predisposición mental es otra, mis preocupaciones son otras. Mi atención se dispersa, se pierde en una maraña de pensamientos, en un océano de infinitas preocupaciones que procuro espantar sin éxito. Ocupo un asiento vacío, con ánimo de aislar me del mundo, y pego la cara a la cristalera. Me gusta contemplar la vida en movimiento, tomar el pulso a la calle, observar desde esta atalaya móvil cuanto ocurre a mi alrededor. No es suficiente. Para despreocuparme de lo que me espera al final del día necesito algo más. Tomo la determinación de darme un baño de realidad, experimentar a pie de trinchera. A estas horas ya no hay rastro de ese otoño incipiente que amaga con ensañarse con mis vías respiratorias. Su hermano el verano abrasa con fuerza el asfalto. Voy a prescindir del metro para darme un paseo largo. Pero antes haré un alto para comer. Después ya tendré tiempo de caminar lo que me venga en gana. Doy con un lugar barato, de menú del día. Tres primeros y tres segundos para elegir, postre y café, diez euros. El local está casi lleno. Por fortuna al fondo, y un tanto oculta, hay una mesa vacía. No tardo en abalanzarme sobre ella. Rápidamente un tipo contrahecho se acerca hasta mí y toma nota. Coca-Cola *light*, revuelto de setas y espárragos, albóndigas con tomate, una manzana y cortado con sacarina. Canto mentalmente... *When you're down and out, when you're on the street...* Como sin apresurarme. Tras pagar, abandono el bar y me sumerjo en las calles dejándome envolver por su embrujo... *Like a bridge over trouble water... and I will ease your mind...*

El almuerzo me ha sentado bien. Camino confiado. No tengo prisa. Después de todo, ¿qué es lo que me espera? Esperanza y su verborrea venenosa e insoportable, hastiada y aburrida, contando cada minuto que falta para que se

cruce de nuevo nuestros destinos con ansia de fiera hambrienta. Por las mañanas se entretiene con Libertad, la sermonea, le explica una y mil veces cómo tiene que hacer las tareas de la casa, la sigue y la persigue a la caza del defecto, de la ocasión de quedar por encima de ella. Pero a la una en punto Libertad se marcha, y un horizonte de soledad se cierne sobre su vida hasta que llego yo, entre indiferente y atemorizado, y retoma sus maniobras de hostigamiento, con diferente víctima y distinta retórica, pero con una misma intencionalidad.

La tarde se zambulle en las primeras sombras de la noche sin sobresaltos, absolutamente anodina, como me gusta. Soy de grises, de tonalidades ocres, mortecinas. Ya no puedo dilatar por más tiempo el regreso. Apuro un café cortado en una terraza de la plaza de Oriente, enfilo la cuesta de la Vega y, justo donde muere la calle Segovia, me doy de bruces con el edificio donde vivo. Tres pisos separan a la presa del predador. El ascensor se mueve a trompicones. Mientras subo, me acuerdo de Florencio, del silo, del ratón y del gato. El desmayo emocional, la negación del yo es la postura más inteligente, la única salida, la opción a la que recurrir si lo que se persigue es no sufrir. Dos vueltas de llave. La puerta cede. Esperanza está al fondo del pasillo. Sus dientes de cocodrilo brillan en la oscuridad del foso de mi abatimiento. Siento un miedo terrible, insoportable. Me desmayo.

*

—Sin conciencia no hay realidad, y sin realidad no hay nada. El mundo solo existe mientras lo miras. Aparta tus ojos del mundo y el mundo dejará de ser un problema.

A Florencio le cuesta respirar cuando habla más de la cuenta. Tiene alguna afección pulmonar, aunque nunca me ha precisado cuál. Es incapaz de hilvanar un discurso sin hacer frecuentes pausas, sin recurrir a pequeños e intermitentes tragos de agua. En el autobús lo pasa mal, sobre todo cuando hay atasco. No sabe poner freno a su verborrea y se ahoga. Entonces trato de ayudarlo, interrumpiéndole con preguntas que son una respuesta en sí mismas y que solo buscan ganar tiempo para que tome aire y prosiga sin asfixia con su oratoria iluminadora y brillante. Tantos años de ejercicio docente han dejado secuela. Bebe de nuevo y continúa.

—¿Qué es lo que ofrece el escepticismo? El interruptor, la llave mágica que te permite ir y venir a voluntad, y escabullirte cuando es necesario y no queda otra salida. No está de más saber gestionar ese fundido en negro. Una tabla de salvación en medio del naufragio. La vida es como un océano encrespado y furioso, especialmente cruel con los barcos a la deriva. Por si acaso se desata la tormenta, conviene tener un bote salvavidas siempre a mano.